

estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al penetrar en Asia como si penetrara en viejo templo, y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres, y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas, y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina, y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí, para sacudirlo sobre los verjeles de la India, y ofrece holocaustos, así al Belo persa como al Marte griego, y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales, y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad.

Al llegar Tito á este punto de su arenga oyéronse las voces que daban á Británico venia para que á su vez hablase, y todos los ojos y todos los oídos se convirtieron hacia el joven y desgraciado príncipe. Oigámosle pues.



CAPÍTULO V

LA ORACIÓN DE UN SUICIDA

—¿Cometerá Británico alguna imprudencia?— preguntó con anhelo al liberto el bueno de Tito.

—Lo ignoro. Todo puede temerse del estado de su ánimo.

—El abandono de una mujer por un hombre pareceme grave materia cuando tanto recela hoy Agripina que la deje Claudio y que la deje por amor paternal á Británico—observó Tito.

—Escuchemos, que ya comienza Británico.

—El troyano Eneas—dijo el príncipe con ademán y entonación de orador,—que corre á las riberas lavinias en pos de un espacio donde pueda erigirse con verdadero brillo ciudad rival de la perdida y acabada por el furor heleno, se halla expuesto, como sus padres, á la cólera devastadora de Juno. Ésta protegía también á Cartago y la designaba para impedir el dominio de Roma soñado en sus nobles ambiciones por el troyano fugitivo. A mayor abundamiento, había leído en los horóscopos de las férreas hojas, donde graba el destino sus decretos, cómo un pueblo de sangre troyana debía nacer destinado á derribar las torres cartaginesas y envolverlas en los sudarios de las arenas líbicas. Así habíase propuesto Juno apartar á los troyanos del codiciado Lacio y dispersarlos á los cuatro vientos para que no pudiesen fundar ciudad ninguna rival de su predilecta Cartago. Bogaban los troyanos por los tranquilos mares de Sicilia, cortando las aguas azules con sus quillas y los

aires perfumados con sus velas, cuando Juno se irrita y ensorbece al verlos tan seguros de sí mismos, como si no contaran los cuitados con su enemistad y con su odio. Palas había quemado la flota de los griegos tan sólo para castigar las blasfemias de Ajax, y ella, Juno, la esposa de Júpiter, ¿no tomaría iguales desquites y no desahogaría toda su cólera en análogos enemigos suyos? ¿Quién que tal viera podría ofrecer nuevamente holocaustos y sacrificios en sus inútiles altares? Ardiendo su corazón al fuego de tales sentimientos, propúsose perseguir á los nautas con sus desenfrenados huracanes y precipitarlos y hundirlos en los profundos abismos. Así marchó rápida en busca del dios Eolo y le rogó desatara los vientos contra Eneas á cambio de la ninfa más bella que pudiera encontrar entre su cortejo y acompañamiento de preciadísimas hermosuras. Eolo, que habla merecido á Juno el favor de subir hasta la residencia donde truenan los dioses mayores y sentarse á su mesa, tenía por obligación que trocar en mandatos las instantes súplicas de Juno. Así hiere con el cuento de su lanza las montañas, en cuyo seno se abrigan los aires violentísimos, y apenas las golpea, cuando de aquella herida salta la bramadora cohorte y se derrama en torbellinos sin fin por los mares designados á su furor en la terrible cólera de Juno. Las ráfagas tempestuosas á una corren sobre la mar tranquila, removiéndola en sus profundos abismos y encrespándola en tormentosos oleajes. Los cielos desaparecen, las nubes se amontonan, los relámpagos culebrean por los cuatro puntos del cielo, retumba el trueno, los rayos lucen como látigos manejados por los dioses, vibran las cuerdas de las naves, se desgarran las velas, se desunen y rompen las tablas, los remos se tronchan, la proa y la popa se apartan divididas por el furor de las aguas, hierven las arenas, tiemblan las islas, y entre tantos horrores flotan por todas partes fríos cadáveres, en cuyos rostros verdea la siniestra muerte. Si Neptuno, receloso del poder de Eolo, no hubiese levantado la cabeza ceñida con sus algas del abismo y remitido los vientos favorables, el Euro y el Céfiro, á calmar tantos torbellinos y trombas, indudablemente fuera Eneas estrellado contra las agrias sirtes por los terribles huracanes. Pronto el dios anciano, conducido en su carro de conchas y de perlas por sus airosos tritones, tranquiliza los mares y les hace reflejar en sus cristalinos senos toda la

limpidez de un cielo sin sombras y sin nubes. Pero desde las costas de Sicilia los troyanos dieron consigo, arrastrados por la tormenta, en las costas líbicas. Allí estaba Cartago, y en el seno de Cartago los aguardaba Dido. Naturalmente, como las grandes competencias entre los dioses helenos y los dioses troyanos continúan en este momento, Venus debe amparar á Eneas, cual Juno debe combatirle. Y Venus consigue de Neptuno que salve á los náufragos y que serene la tormenta. Pero en las costas y en los mares aquellos tan celestes y tranquilos aún aguardaban á Eneas tristes asechanzas.

— Muy bien descrita la tempestad — dijole al príncipe Tito su amigo el buen liberto de Claudio.

— Todo eso es virgiliano.

— No descubro la intención — decía para sí Agripina.

— Aunque no le has dado lecciones de retórica tú — murmuró Persio al oído de Séneca, — bien puede asegurarse que Británico habla como un libro.

— Parecemos sombras de sombras — observaba Lucano. — El príncipe Nerón habla del fin de Troya y el príncipe Británico del comienzo de Italia. ¿Y la república y la libertad?

— El sitio de arriba aparecía delicioso por extremo. A derecha é izquierda sendas rocas escalando el cielo, por cuyas laderas crecen seculares y altísimos árboles, que dejan pasar con varios amortiguamientos los resplandores del día y dibujan mezclas de luz y sombras, así en las aguas celestes, como en las riberas tranquilas. Efectivamente, allí parece dormido el Mediterráneo. Su azul superficie penetra por los puertecillos humildes, por las modestas radas, semicirculares ó elípticas y á veces de una belleza verdaderamente regular y varia. No hay necesidad, por tanto, de cables que retengan los cansados navíos á la ribera, ni de áncoras que los encadenen. Lugar bellissimo aquel, donde podrían unirse, tanto los genios del mar como los genios del campo, en suaves conciertos y suavísimas armonías. Los troyanos, combatidos por las hirvientes aguas del naufragio, tienden sus miembros entumecidos, ora en las blandas arenas, ora en los céspedes mullidos. Su industria les aconseja frotar unos cantos con otros cantos y extraer por el roce y por el calor la chispa brillantísima, que, cayendo sobre las ramas y las hojas secas, enciende una voraz hoguera, la cual presta luz y

calor al mismo tiempo. Entonces extraen todos de los navíos el pan mojado que les resta y lo calientan al fuego encendido recientemente. Eneas dirige la vista por todas partes, y mientras en el mar inmenso no descubre un solo velamen, por el bosque descubre los ciervos que van pasando rápidos con flores enredadas en sus múltiples cuernos. Y como quiera que á todo náufrago suele presentársele, por una regla general, el trabajo en sus formas primitivas, así como acuden al método viejo de producir fuego y llama por el roce, acuden también á una caza propia de los tiempos en que luchaba el hombre, sumergido en los senos de la Naturaleza, más porfiada y tenazmente con los animales inferiores, para procurarse nutrición, muy adecuada de suyo á su índole, por aquella sazón combatiente y carnícera. Encontrándose, pues, náufrago, salvado por un destino favorable sobre las playas enemigas, tendrá que dedicarse á las sabias industrias propias de quienes deben domar la naturaleza rebelde sin más aguijón que su voluntad y su inteligencia propias y sin más instrumento que sus propios brazos. Así el combate perdurable, intenso, como ley de nuestra naturaleza, como necesidad inflexible de nuestro destino, se impone al hombre, nacido verdaderamente para la guerra y criado entre luchas donde su voluntad y su pensamiento se aceran al contacto inevitable con el dolor y la desgracia. Todas estas epopeyas humanas representan y significan al fin y postre los factores necesarios y fatales de nuestro inflexible destino.

— ¡El destino! ¿Por qué hablar del destino siempre? — murmuraba con exaltación Lucano. — Contra el destino está la voluntad y su firmeza. Si nos creemos esclavos del Universo, con mayor motivo habremos de creernos también esclavos del Imperio. Yo protesto contra el destino. Yo me revuelvo contra sus mandatos. Yo rompo con mis brazos sus cadenas.

— Descansado Eneas — continuaba Británico, — satisfechas las primeras y más rudimentarias necesidades tuyas, recobrado por el sueño un poco de ánimo con otro poco de necesario esfuerzo, desligadas ya sus ansias de las incertidumbres y perplejidades que le traían incierto y perplejo de su destino propio, conságrase á pensar en los demás y requiere los montes, los valles, las olas, para que le digan dónde han ido á parar sus fieles compañeros. Además,

habiendo arribado á una tierra hospitalaria, ve por doquier copudos árboles que le prestan sombra, grutas que le prestan asilo, costas y riberas pacíficas; pero no ve habitación alguna y no sabe qué clase de habitantes pueblan los espacios aquellos. Cuando más emboscado se halla en sus requerimientos é investigaciones, toca con su madre Venus, que se le aparece bajo la forma de una virgen espartana conducida por briosos corceles en carro de guerra. El arco de los bosques pende á sus espaldas, el cabello en desorden da y entrega por completo á las brisas del mar y á las auras del campo sus hilos áureos, la flotante azul túnica se repliega sobre su rodilla desnuda, y luciente piel de tigre brilla sobre sus hombros como la que llevan en tiempo de vendimia las bacantes. Aunque las apariencias humanas de la diosa ocultan su carácter y origen divino, trascienden afuera como la esencia encerrada y contenida en bello pomo. Así Eneas le pregunta quién es, y le dice cómo, sea quien fuere, debe guardar sus holocaustos y sus ofrendas; pues le parece, á primera vista no más, una verdadera diosa. Venus le replica, diciéndole que aquel traje suyo, parecido al de las divinidades olímpicas, suele usarse por las vírgenes tirias, acostumbradas al carcax y al coturno. Con este motivo revela de grado al náufrago y á sus compañeros el sitio donde se hallan y las gentes con quienes habrán de tratar en su permanencia indispensable allí. Naturalmente, lo primero que revela es el jefe y dueño de tales sitios y los caracteres con que se ofrece á todo el mundo, y especialmente á los que llegan de arribada. Y en tal coyuntura surge de sus labios lo que más podía interesar á fugitivos y asilados, la historia de los poseedores y soberanos de aquel territorio. Y como sean éstos una mujer que se llama Dido, cuenta á Eneas, su hijo, la vida interesante de tal mujer. Dido habitaba Fenicia, donde tuvo por esposo el más rico entre todos aquellos potentados. Llamábase Siqueo, y desde la primera juventud inspiró á la mujer que compartiera su cama intenso y profundo amor. Un feliz himeneo coronó esta pasión, dando al matrimonio la más ingenua ventura. Mas pronto cansó al cielo ésta. Cierta hermano de Dido, que se llamaba Pigmalión, subió por aquel entonces al trono. Parecía natural, contando Siqueo en el puesto primero de aquella región á tan próximo pariente suyo, que descansara sin cuidados ni recelos. Pero el rey tuvo desde su

nacimiento las propensiones y contrajo después en su larga vida la costumbre de un terrible tirano. Y entre las pasiones y los vicios de su tiranía resaltaba la codicia desordenadísima. Y esta codicia le llevó á desear los tesoros de su cuñado, y este deseo le llevó á perderlo y á inmolarlo sin piedad alguna. Un día que se hallaba el esposo de Dido á los pies de los altares ofreciendo culto litúrgico á la divinidad propia de su patria y de su raza, el tirano lo inmoló sin piedad y sin consideración alguna, en sus brutales pasiones, á que sacrificaba una hermana querida, por quien tuviera siempre particular ternura. Largo tiempo escondió su crimen, y por medio de mil industrias odiosas y mil mentidas fábulas entretuvo el dolor de una esposa infortunada. Mas como quiera que, dados los ritos antiguos, todo muerto insepulto volvía del otro mundo á este mundo, Siqueo volvió en sombra, y cuando estaba Dido entregada en el desierto lecho á sueños propios de sus intensísimas zozobras, se le apareció, y mostrándole sus heridas, le mostró también el nombre del perverso que se las había torpemente inferido. Los misterios del crimen quedaban revelados y Dido pudo tocar por medios sobrenaturales aquella terrible arma que había partido el corazón de su esposo. Viuda triste del único ser á quien amara en el mundo, hermana de aquel verdugo que le arrebató de un golpe toda su felicidad, no podía vivir en su patria bajo tal tirano, y decidió partirse. Agradecido el esposo á tal muestra de amor, contóle desde la eternidad el sitio donde guardaba innumerables tesoros, burlados á la codiciosa tiranía por su discreción y por su inteligencia. Recogiólos Dido con arte bastante para esquivarlos al avaro monarca, y reuniendo las naves donde los almacenara todos los disgustados de la tiranía y todos los heridos por sus excesos terribles, dióse á la vela en busca de territorios más propicios. Y habiéndolos encontrado en la tierra de Africa, levantó allí Dido una segunda ciudad que le recordara con sus preseas y con sus grandezas las glorias de su amada Tiro. Entonces Eneas, lanzando un profundísimo suspiro, contóle cómo provenía de los campos frigios; cómo juntara veinte navíos bajo su mando en aquellas célebres costas; y cómo solamente le quedaban siete, cuitadísimo, infeliz, herido por su adversa estrella, lanzado por dioses enemigos de Asia como de Europa sobre los arenales líbicos. Venus le dijo al troyano que se

apaciguara y que creyera en el encuentro de sus compañeros, como él naufragos, pero como él también redivivos y salvos. En su divino lenguaje la diosa comparó las naves troyanas burlando el furor de los vientos, á cisnes heridos y escapados al furor de las águilas. Así aconsejó por último á Eneas que no descansase hasta dar con el palacio donde se albergaba Dido, y una vez tal consejo expresado, se huyó, revelando en la huída su inenarrable divinidad. Eneas quiso retenerla, pero Venus partióse con ligereza natural á su templo de Pafos, donde los incienso de Sava humean eternamente sobre altares ceñidos con guirnaldas de frescas y suaves rosas.

— ¡Muy bien hablado; perfectamente! — dijo Claudio, inclinándose al oído de Agripina.

— No sé qué te diga — le respondió la emperatriz.

— ¿Puedes dudarle? — replicóle Claudio con extrañeza.

— Mejor habla Nerón — dijo la madre molestadísima.

— Los dos hablan muy bien — observó Claudio retrocediendo en sus admiraciones á la mirada que le había lanzado su mujer.

— El fugitivo se vió — continuaba Británico — en la necesidad imprescindible de obedecer, tomando el sendero conducente á la nueva ciudad fenicia. Bien pronto desde una colina cuya cumbre alcanzaran sin esfuerzo, descubrió su mirada el sitio en que los trabajadores congregados por Dido iban construyendo los nuevos edificios. Allí, en aquel recodo, solamente ocupado por cabañas rústicas y por pueblos incultos, elévase una ciudad en formación, donde pasma y admira las enormes piedras sobrepuestas en murallas y en torres apercebidas á recibir todos los ornamentos del arte con todas las delicadezas del gusto. No trabajan las hormigas al atrojar su grano en la honda tierra, no zumban los enjambres al elaborar sus dulces y olorosas mieles en la próspera colmena como trabajaban y zumbaban los jornaleros adscritos á la construcción de Cartago. En el sitio donde abordaron veíase un bosque perfumado, y en el centro de tal bosque la milagrosa cabeza de un ardiente corcel, que Juno les había designado cual horóscopo fehaciente de las felicidades y de las fortunas para ellos apercebidas y guardadas en sus providenciales designios. Cartago sumaba entonces, con todos los elementos propios de una ciudad populosa, todas las delicias de los campos. El aire parecía embalsamado por la salvia y el tomillo;

parecían las aguas fluir naturalmente de las grutas, como si la humana industria no hubiese podido expulsar de allí los dioses campestres. Dido naturalmente correspondía con magnífico templo á los favores de Juno. Vestíbulos de bronce abrían paso á puertas incrustadas en riquísimos y varios metales. Y como quiera que no cabía templo ninguno antiguo sin el ornamento y el auxilio de las más bellas esculturas, al entrar Eneas, no solamente las halló de primer orden, sino que halló en ellas y en sus cuadros, así en los frescos cual en los bajos relieves, las escenas varias que había enaltecido la *Ilíada* de Homero y sembrado los recuerdos de la troyana guerra por todo el viejo mundo. Entre los héroes que allí había pintados y esculpidos, no sólo encontró Eneas á sus padres, á sus parientes, á sus amigos, á sus compañeros varios, hallóse también á sí mismo. Y estos encuentros con los antiguos tiempos, con los recuerdos sacratísimos, con las viejas historias, le consolaron por todo extremo en su inmenso dolor y le advirtieron cómo no había perecido con ellos y con su fortuna su nombre y su memoria. Mientras Eneas admiraba las pinturas y parecía fuera de sí en aquella contemplación extática, Dido aparece rodeada por completo de jóvenes y hermosas compañeras. Llévela por aquellos sitios el deseo de inspeccionar las obras y de mover los obreros al trabajo. Sentada, después de haber aquellas largas galerías recorrido, sentada en su trono, donde solía dictar los juicios, proclamar las leyes y sostener con premios y distinciones á los trabajadores, Dido parecía una diosa. Eneas quedó un momento deslumbrado viéndola, pero no pudo fijar todavía su atención bastante por descubrir con asombro, al lado mismo de Dido, á los compañeros que creía muertos bajo el azote de la tempestad y ahogados en los mares profundos. Bien es verdad que no iban allí como Eneas hubiera deseado, pues todos ellos aparecían como suplicantes y demandaban alivio en algún dolor, consuelo en alguna desgracia. Efectivamente, Dido no había conseguido aún tomar todas las razas líbicas y someterlas á su cultura. Por eso indudablemente los náufragos, en vez de abrigo, habían encontrado terrible desabrimiento, y en vez de la paz y amistad con que soñaban. piratescos procedimientos encaminados á desvestirlos de todos sus trajes, desposeerlos de todas sus haciendas y precipitarlos en los mares profundos, á cuyos olea-

jes y á cuyos abismos habían por tan milagrosos medios escapado. Dido, bajos los ojos y encendida la faz, les respondió diciéndoles cómo los duros comienzos de todo nuevo imperio exigían aquellos procedimientos durísimos y aquellas tolerancias con las gentes bárbaras. Pero conociendo como conocía la grandeza de Troya, sus guerreros sin par, sus hazañas y sus heroicidades sin segundo, ora quisieran arribar á la hermosa Hesperia y á los campos de Saturno, ora detenerse más cerca de allí en la idílica Sicilia, estaba resuelta de todo en todo á prestarles sus servicios, pues consideraba como dos ciudades hermanas la ciudad mártir, de donde provenían ellos, y Tiro, donde había ella nacido. Y no solamente les ofrecía todo esto, sino que deseaba, con deseo vivísimo, ver y encontrar á su rey Eneas, de quien oyera siempre hablar satisfactoriamente y con quien deseaba tener amistades muy naturales en los nacidos y criados al amor de Asia. Mientras estas cosas pasaban en torno suyo y las oían tanto Eneas como sus demás compañeros, quedaban, por los artificios propios de aquellas edades mitológicas, completamente ocultos, circuyéndolos pródiga nube, mandada por Venus con oportunidad, á fin de que vieran y no fuesen vistos en tal particularísima escena. Y mientras tanto ardían en deseos vehementísimos de mostrarse á los suyos, referirles cuanto habían sufrido, estrecharlos contra su corazón, y apoyados unos en otros salir con ventura propicia de los terribles eventos.

— Me va pareciendo — le dijo á Persio Lucano — que no conduce á ninguna parte todo esto.

— No digas tal — replicó Persio; — preparándolo está con sumo arte, pero yo veo certero el golpe.

— ¿Dónde?

— Ya llegará paso tras paso el abandono de Dido por Eneas; y entonces verás la filosofía del cuento que yo adivino.

— Escuchemos — dijo el poeta.

— Por fin — continuaba Británico — la nube, donde habían los genios propicios envuelto á Eneas, acaba por disiparse, apareciendo éste á los ojos de todos los circunstantes. La inesperada resurrección del héroe hiere con profunda herida el ánimo de Dido que, sin darse cuenta del afecto cariñoso por su corazón experimentado en aquellos minutos supremos, atribuye á mera curiosidad histórica el

interés profundo por un troyano, héroe infeliz y fugitivo. No bien determinadas todavía las ideas de su mente y las pasiones de su corazón, ora se muestra Dido compasiva por las innumerables desgracias de su Eneas, ora por las viejas relaciones entre su patria y su padre con los padres y la patria del náufrago. Lo cierto es que conduce á Eneas dentro de su palacio, dispone la celebración de su encuentro en todos los templos y envía ricos presentes á los compañeros de su dolor y su infortunio. El palacio de Dido arde con tal ocasión propicia en fiestas y en festines. Penden de las paredes riquísimos tapices; arrebolan estos tapices con sus reflejos de carmín la púrpura de Tiro, mientras brillan sobre las ebúrneas mesas y junto á los multicolores lechos los vasos y los jarrones de plata y oro cincelados con relieves, parecidos á una epopeya compuesta de armoniosas líneas. Eneas, no sabiendo cómo agradecer á Dido tantos obsequios, manda traer los despojos troyanos reunidos con él en sus naves; las túnicas admirables donadas á Helena por su madre cuasi diosa; el cetro llevado por Ilione, la primogénita de Príamo; los collares de perlas y los joyeles de oro y pedrería salvados al incendio de Troya. Venus, madre del héroe, se complace mucho con tales distinciones; pero temiendo un refriamiento en ellas y una desgracia, por ende, irremediable de su adorado Eneas, quiere alzarle allí algo más que un hogar hospitalario debido á los afectos de amistad, un trono alto y propio, desde cuyas cimas pueda reinar sobre poderosas gentes y evadirse á las iras y cóleras de Juno. A este fin transforma su Cupido, el dios de los amores, en Ascanio, el hijo de su Eneas, y le comisiona ó expide para que, al abrazarlo Dido en sus senos y jugar con él á guisa de muchachuelo inocente, transfunda éste por sus venas las ponzoñas de su encendido amor. Cupido cumple, como siempre, las órdenes de su madre. Pero en el espacio que mediara entre los primeros asomos de su amor y la erupción ya tempestuosa, quiso conocer toda la historia del héroe, desde su despedida del reino troyano hasta su llegada más ó menos feliz á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta cómo recorrió los mares frigios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida, donde surgieran los fragorosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre

Baco ebrio; el mar de las arpias tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del Etna, heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinacria por los estremecimientos del volcán azotada y en tierra firme removida como los navíos por el viento; la feliz Selinunto con sus palmeras orientales, y la temible Lilibea con sus escollos multicolores, uniendo por tan maravillosa manera en su relato histórico los combates de la *Iliada* con los viajes de la *Odisea* por verdaderas armonías y en varias narraciones de todo punto épicas. Nada interesa tanto el corazón de las mujeres como el combate y la guerra en los hombres. Aunque Dido comenzó á sentir, desde que abrigara en su regazo al fingido Ascanio, la profunda pasión que Venus había querido sugerirle, aquellos relatos de la pugna con los hombres y de la pugna con los elementos sirviéronle para encender y acrecentar más y más el fuego de su pecho, á cuyo calor corría con vertiginosa celeridad la sangre de sus venas impelida por los golpes de un corazón en delirio. Así, al mismo tiempo que las hermosas facciones por su imaginación esculpidas con arte van quedándose grabadas en el pecho, las palabras oídas de sus labios coloran todo aquel conjunto con reverberaciones encendidas. La primera consecuencia del estado del ánimo en que cayó la reina fué su falta de sueño. En vano quiso contraerlo cerrando los párpados con verdadera porfía y combatiendo tenaz las imágenes relampagueantes por su retina y las ideas hirvientes en su corazón. El sueño no caía sobre sus ojos, y mucho menos la tranquilidad sobre su espíritu. Así el primer albor no había dorado todavía las líneas del Oriente cuando ya estaba Dido, tras aquella noche de insomnios y pesadillas, requiriendo algún confidente y alguna confidencia capaces de recibir sus hondísimos secretos y aliviar su lacerado corazón. Nadie como su hermana para esto de compartir las penas del alma y granjear un delicado consuelo. Encaminóse, pues, Dido á las habitaciones de Anna, y le contó lo que pasaba por ella en presencia del náufrago. Su aire noble, sus ademanes distinguidos, la hermosura de varón que revelaba todo su curtido cuerpo, las guerras con tanta elocuencia referidas, las faenas y contrariedades con tal sublimidad soportadas habíanla cautivado y rendido en